

CUADERNILLO  
DE POESIA  
COLOMBIANA

---

# ANGEL MARIA CESPEDES

---

---

No. 58

EDICIONES DE  
UNIVERSIDAD  
PONTIFICIA  
BOLIVARIANA

---

## ANGEL MARIA CESPEDES

### Por Angel Díaz

Angel María Céspedes fue un verdadero asombro de precocidad. Educado en su casa, con profesores que podían estudiarlo para descubrir el poder de las capacidades latentes, a fin de orientarlas hacia aquello que mejor las desarrollara, vigorizara e hiciera dar frutos de los que hacen bendecir la cosecha, se reveló ante la ciudad, ante el país, y puede decirse que ante el continente, cuando, apenas acabados de cumplir los diez y seis años (había nacido en Bogotá, el 3 de agosto de 1892), ganó el primer premio en el concurso de poesía que tantas esperanzas hizo concebir en los juegos florales que se celebraron en el Teatro de Colón, el 27 de noviembre de 1908.

De Angel María Céspedes puede decirse que rompió todos los moldes. Su largo y soberano poema, "La juventud del sol", con tal majestad de concepción, tanta profundidad de pensamiento, rima tan fastuosa e imágenes tan asombrosas y tan nuevas, nació destinado a no morir y a merecer las más detenidas meditaciones acerca de la inspiración, de la intuición, de la adivinación, en un niño que revelaba pensamientos de la edad madura sobre la vida y sobre el universo. Allí el "monstruoso analfabeta de luz y ritmo", "el triunfo cadavérico del frío", la "palpitación de formas increadas", "el presentido resplandor del día", el "germen incógnito de estrella", el "glorioso

reventar de mundos” y “el sol, profeta rubio, aparecía a redimir del mal de la tiniebla en una protectora epifanía”. Allí “el subterráneo amanecer del oro” y “el sumiso verdor de la labranza” que hacía recordar el todavía más hermoso “amo la castidad de la montaña”, del poema “Floresta”. Allí el sol que envuelve el cuerpo del mendigo y ennoblece las líneas de su rostro, y que al besar “los aceros que marchan al combate les anticipa un brillo de victoria”. Allí el “complica los misterios de la espuma”, “la silenciosa majestad del llano”, y el completar el pensamiento de que el sol es siempre joven con la bellísima comparación: “Porque, lo mismo que el amor humano, es muy antiguo pero no envejece”.

Después de su triunfo excepcional, Angel María Céspedes partió para Europa. El general Reyes quiso que quien tan poderosas facultades había revelado al salir de la niñez, las aprovechara y las refinara en el contacto con las viejas civilizaciones y lo honró con un cargo diplomático. A su regreso se convirtió Angel María Céspedes en ídolo de la sociedad bogotana. Traía nuevos poemas, muchos de los cuales apropiados para su recitación en los salones. Para ellos mismos compuso fantasías teatrales líricas, como “El Tesoro” y “El congreso de las musas”, al propio tiempo que, desempeñando un alto cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, profundizaba sus conocimientos en Historia Diplomática y en Derecho Internacional. El volumen de sus primeros magníficos poemas salió a raíz de su triunfo en los juegos florales, con un prólogo generoso, estimulador, de don Miguel Antonio Caro. Para el niño, ese premio de la vida debió de ser superior al de la Violeta de Oro.

En el Ministerio de Relaciones Exteriores se hizo a la amistad y al consejo de otro árcade, don Marco Fidel Suárez. Le fue de una devoción tan entrañable que, al ser lanzada su candidatura presidencial, limpió las armas para defenderla y cuando otro de nuestros grandes poetas y de nuestros amigos del alma, Eduardo Castillo, abrazó el escudo y requirió la lanza para defender, contra el del gramático ilustre, la candidatura de nuestro poeta máximo de entonces, Guillermo Valencia, Céspedes, que en

un poema de robusta inspiración le había pedido a éste que dejara "pasar la testa blanca" hacia el porvenir, porque en Suárez "el albor de las canas era un albor de aurora", se vio obligado a enfrentársele a Castillo, que había contestado en nombre de Valencia. Se produjo entonces lo que se llamó el "Duelo Lírico". Algo digno de Atenas y de nuestro idealismo, sobre todo por el final, en que intervinieron noblemente Joaquín Güell y Roberto Liévano para que se reconciliaran. Los amigos les hicimos una de las más hermosas fiestas que Bogotá haya visto, donde sentimos todos, al oír las palabras de desagravio que los dos grandes bardos se decían en verso, como sintió Víctor Hugo al escuchar a Baudelaire, "un estremecimiento". Yo recuerdo haber visto varios ojos humedecidos cuando Castillo, con una voz delgada, quejumbrosa, de ternura, dijo:

¿Cómo olvidar pudimos en nuestro desvarío,  
tú el trovador glorioso y el adalid galano,  
que tus saetas iban al pecho de tu hermano,  
y yo que laceraba tu pecho, hermano mío?

Recuerdos con olor de helecho, como los de Gutiérrez González, y llenos de sol, de un sol que dora nuestros cerros y que se nos queda como un cendal sobre el alma!

Céspedes pasó después largos años en Europa. Honrado por la Sociedad de las Naciones con un alto cargo, se estableció en Ginebra, con su madre, una maravillosa señora que con el simple hecho de vivir acreditaba el talento del hijo, y con Leonor, su hermana. En Lucerna conoció a Lillian Kretz, una suiza encantadora, de quien se enamoró perdidamente, hasta hacerla su esposa. Mientras tanto, los días iban pasando, sin que él se olvidara de sus arreos líricos porque escribió varios poemas, algunos en francés, con una inspiración y con una perfección idiomática y métrica que varios de ellos le merecieron la felicitación de Rostand.

Al dejar el puesto en la Sociedad de las Naciones, que estaba declinando, y regresar a Colombia, volvió a prestar sus servicios en el Ministerio de Relaciones Exterio-

res. Después fue nombrado Ministro en Austria por algún tiempo y luego Ministro Consejero en Río de Janeiro. En esta ciudad de cuento de hadas su salud empezó a declinar. Envejeció de pronto, cuando había pasado apenas de los sesenta años. Todo era como un anuncio de que venía la muerte. No le causó impresión. Resistió erguidamente sus primeros embates, pero para acabar, como sucede siempre en la tremenda lucha, vencido de repente. Sesenta y cuatro años acababa de cumplir. Edad en la línea de los centenaristas que nos estamos despidiendo, pidiendo órdenes como don Antonio Nariño, para "el país de las almas".

## LA JUVENTUD DEL SOL

Era un silencio trágico que hervía  
en el ánfora enorme de la nada;  
una sombra mortal que retenía  
con su mano frenética y crispada  
toda la inmensidad. En su secreta  
desolación caótica el vacío  
semejaba un monstruoso analfabeta  
de luz y ritmo. Allí la pavorosa  
noche sin fondo; la mudez que reta;  
el triunfo cadavérico del frío;  
la imprecación callada y misteriosa  
de lo que no es y quiere ser. Difusa  
por la extensión, alguna voz discreta  
consolaba ese vórtice sombrío  
con promesas amables e inspiradas;  
y al escuchar su acento, en la profusa  
sombra se debatía una confusa  
palpitación de formas increadas.

Una gran vida, oculta y anhelante,  
se adelantaba en su calor futuro:  
por la aridez del éter, a un conjuro  
extraño, erraba un soplo acariciante  
de predestinación que le auguraba  
frescor de linfas, plácidos verdores  
de selva, cantos de ave, olor de flores.  
El silencio en sus fauces sofocaba  
la orquestación de todos los rumores;  
y al querer expresar esas ignotas  
entonaciones de que estaba lleno,  
se anudaban los ruidos y las notas  
en la ansiedad de su convulso seno.  
Una oración la noche balbucía  
al presentido resplandor del día;  
y cuando a esa deidad potente y bella  
elevaba sus éxtasis, latía  
en cada pliegue de la sombra fría  
algún germen incógnito de estrella.

Entonces fue cuando vibró ese grito  
poderoso que mide el infinito.

Y para siempre amaneció. La nada  
tuvo al fin corazón y pensamiento;



sintió la magia del sonido y pudo meditar en la luz. Pompa ignorada revistió el seno del espacio mudo; abrióse un matinal frorecimiento de claridad, y así como la idea que sobre unguidas frentes aletea precisa al cabo su fulgor disperso en la soñada realidad del verso, se condensó por el impulso mismo la hoguera que incendiaba al universo, y hasta llenar los ámbitos profundos estalló ante el ascmbro del abismo en un glorioso reventar de mundos. Ya, vencedor de la legión sombría que nunca ante él el firmamento puebla, el sol, profeta rubio, aparecía a redimir del mal de la tiniebla, en una protectora epifanía.

La tierra opaca se vistió de lumbre, y persiguiendo misterioso rastro, empezó, por la cóncava techumbre, a describir con ciega certidumbre su eterna línea alrededor del astro. Y lo mismo la pléyade que tiene fulgor y movimiento por la gracia del sol, que en ella su poder espacia con blando imperio y que en diverso enlace la aproxima y la aleja y la retiene entre la paz de las regiones quietas, con el mágico influjo que lo hace juglar maravilloso de planetas.

Hubo un fecundo borbotar de vida al arribo del sol, y su amorosa potestad hizo que en el alma ansiosa de toda la creación recién nacida brotara una alegría generosa.

Filtró un rayo en medio de la tierra, y como huella de triunfal decoro, marcó su paso en el filón que encierra el subterráneo amanecer del oro. Visitó las entrañas ateridas del mar; tiñó de brilladoras llamas del vago pez las trémulas escamas; Y ruborizó las conchas escondidas,

al calor de sus besos siderales,  
y fue dejando en la región umbrosa  
el rostro de su sangre luminosa  
coagulada en racimos de corales.  
Recorrió las monótonas praderas,  
que despertaron de su verde sueño  
para abrir en un éxtasis risueño  
los labios de las flores mañaneras.

Entonces él bendijo la llegada  
de toda aquella corte perfumada;  
prestó a los lirios una paz divina;  
a los jazmines, clásica aureola,  
y dio a las rosas gracia femenina;  
a los claveles de gentil corola  
infundió sensaciones indiscretas;  
un juvenil ardor a la amapola  
y un alma conventual a las violetas.  
Y el joven rey sonrió; porque lo mismo  
que desplegó después sobre el abismo  
un arco de matices celestiales  
en la alianza de Dios y los mortales,  
al esmaltar de pródigos colores  
el valle, las llanuras y la sierra,  
quiso que fueran las variadas flores  
el iris de su alianza con la tierra.

El inculcó sus máximas fecundas  
en la velada gestación del suelo;  
en las entrañas hoscas y profundas  
hizo latir el maternal anhelo;  
despertar las semillas que se aduermen  
absortas en un íntimo tributo  
e inició esa gran vida que es aliento  
de una ilusión prolífica en el germen;  
en la flor, aromoso sentimiento,  
y que, llegado el esplendor del fruto,  
es el brote feliz de un pensamiento.

Después, al preludiar entre la orquesta  
del mundo acorde en armoniosa fiesta,  
vio el hombre por el cielo bendecida  
con bendición amante su esperanza,  
cuando con tenue palpitar de vida  
onduló bajo el aura estremecida  
el sumiso verdor de la labranza.  
Desde entonces el sol vierte a raudales

los dones de su numen cariñoso  
sobre todos los seres terrenales.

Entre el ardor del estival reposo,  
esparciendo sus luces cenitales  
halaga el ocio y acaricia el sueño;  
al envolver el cuerpo del mendigo  
en el tibior de su reflejo amigo,  
unge sus llagas, le recoge el ostro  
y ennoblece las líneas de su rostro;  
en las mañanas, con mirar risueño  
por la tibia humedad de los pensiles,  
contempla los retozos infantiles  
y agasaja sus locos desaliños  
(él vio jugar a los primeros niños  
con regocijo paternal). Su rayo  
con un orgullo belicoso late  
cuando al tocar cual ósculo de gloria  
los aceros que marchan al combate,  
les anticipa un brillo de victoria;  
o se diluye en un febril desmayo  
para ser como vívido intrigante  
que espiondo las escenas amorosas  
donde hablan dos espíritus de hinojos,  
hace surgir destellos en los ojos  
y reventar en las mejillas, rosas.

Unge los campanarios y los montes;  
al deslizarse en el raudal sonoro  
complica los misterios de la espuma;  
serena con su paz los horizontes  
y amante riega sus efluvios de oro  
en la flor, en la hoja y en la pluma.  
Aclara la sonrisa que es un canto  
que se asoma a los labios inexpresso,  
y glorifica con radiante beso  
la silenciosa majestad del llanto.

El sol es siempre joven; desde el polo  
al trópico desata eternamente  
su resplandor en que se esconde el iris,  
y lo proclama el corazón ferviente  
numen del arte y la belleza: Apolo;  
germen y centro de la vida: Osiris.  
El sol es siempre joven; el arcano  
de su gran juventud no languidece,  
porque lo mismo que el amor humano

es muy antiguo pero no envejece.  
La noche, que es su ausencia tenebrosa,  
guarda un recuerdo suyo en cada estrella;  
pues aunque irradie en un confín lejano  
él sabe en todo perpetuar su huella,  
y en tanto que se apartan sus reflejos  
aún nos acompaña desde lejos.  
Rima, al surgir en brazos de la aurora,  
su himno de iniciación, glorioso canto;  
enciende en derredor, mientras la hora  
meridional los ámbitos colora,  
un hondo palpitar fecundo y santo;  
y una promesa entre sus luces arde  
cuando se envuelve, como en regio manto,  
en la púrpura noble de la tarde.

---

## A UN GRAN POETA

¡Oh Poeta, las almas te escuchan. Hábla. Impéra!  
Echa atrás, con un gesto, tu oscura cabellera,  
como la de un felino soberbio sobre cuya  
cerviz pasa una mano femenina, la tuya,  
y desatando en ondas el verso hecho de lumbre,  
haz flotar sobre el pueblo, como desde una cumbre,  
la noche en tu melena, y en tu palabra el día!

La turba está en silencio y tu ademán espía.

¿Por qué callas? Levántate, y una vez más entóná  
la rimada parábola que arrulla y que alecciona.  
Ofréce melancólicos desfiles de camellos  
a los fatuos que sólo saben reír a aquellos  
que vegetan e ignoran la abnegación serena,  
muéstrales la aureola del mártir en la arena;  
al burgués que prospera sin recordar los males  
que lo imploran, enséñale, tendido en sus umbrales,  
el triste can de *Anarkos*; y al hombre que no sueña  
desplégale en el alma dos alas de cigüeña.  
¡Habla! ¿Por qué se inclina tu frente, y tu pupila  
escudriña la turba, y en vez de arder, cavila?  
¿Vas a truncar de pronto tu dulce apostolado?  
¡No, que súbitamente tu sien se ha levantado!

Tus labios se entreabren —y bajo el cielo en calma  
es perceptible el vuelo tremente de cada alma  
hacia el festín de olvido que apréstanle tus labios—;  
tu mano se alza, —y odios, rencor, codicia, agravios,  
prosaicos apetitos, sectarias divisiones,  
todo lo que marchita pueblos y corazones,  
todo lo que condenan, Moisés cantor, tus tablas,  
al gesto de tu mano se desvanece. —¡Y hablas!  
Hablas... Pero, ¿qué vértigo te invade? ¿Eres el mismo?  
¿Qué soplo lamentable de corruptor realismo  
turba tu frente, “nido de férvidas estrofas”?  
¿Sueñas? ¿Soñamos todos? ¿Qué ocurre en ti? ¿Te mofas?  
¡Oh! ¡qué triste emboscada tendías a tus fieles,  
agazapado bajo tu bosque de laureles!  
La copa en que esperaba gustar la turba ansiosa  
el vino que consuela de la terrena prosa,  
hé ahí que se la tiendes mendicante y vacía  
en busca de políticos sufragios... ¡Oh ironía!  
Maestro, los neófitos venidos de muy lejos  
a escucharte, se quedan mirándote, perplejos.  
¿“Candidato”? ¿Es posible? ¿Tan poco y tanto anhelas?  
¿Así de alto te arrastras? ¿Así de bajo vuelas?  
¡Ah! Descender del Monte de los Iluminados  
para ceñir el nimbo de los Sacrificados,  
¡Es bello!... Pero hundirse del pueblo entre la espuma  
—Gaviota que no teme desprestigiar su pluma  
por recoger despojos en torno del navío—  
a pescar, de esas ondas en el vaivén sombrío,  
furtivos y gastados favores populares;  
en el rincón poblado de ritmos y pensares,  
sobre la mesa cómplice del soñador deliquio,  
dejar la rima en blanco y aislado el hemistiquio,  
por salir a las calles en bullicioso raptó  
—buhonero demasiado genial para ser apto—  
a anunciar un artículo que no es siquiera el tuyo;  
cambiar tu sol de Grecia por el falaz cocuyo  
del público entusiasmo, relampagueante y breve,  
y para conseguirlo, rendir ante la plebe  
la lira sacrosanta, que al gesto en que la humillas,  
con sus curvados flancos, parece de rodillas;  
engañar, duplicarse, ser Jano y ser Tartufo  
por alcanzar un mando, resulta extraño y bufo  
en quien nos ha prescrito, con giro noble y terso,  
“Sacrificar un mundo para pulir un verso”!

¡Oh! ¡qué golpe ha sufrido la lírica falange!  
Si tú, su Guía, aceptas con avidez el canje

de las grandezas nuestras por las grandezas de otros;  
si haces del Arte un medio, no un fin —cuando nosotros,  
tus soldados, hablemos de amor, de poesía,  
de la *misión sagrada* que Apolo nos confía,  
nos befará la turba, y es justo que nos befe:—  
¿Quién respeta la causa cuando deserta el jefe ?  
—“¡Querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo!”  
Así se va a los astros —pero también al lodo.  
No te acojas a un lema tan dúctil y tan vario:  
quizá cuadre al artista; no cuadra al mandatario.  
Mira en la historia el cúmulo de abusos y de errores  
que las naciones deben a aquellos conductores  
que, impulsivos o indoctos, osaron de igual modo  
*querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo.*—  
Y sin embargo, es esa, Cantor, tu sola excusa.

A un tiempo, pues, traicionas al pueblo y a la musa!

Si al menos tu cenáculo —¿comprendes cuál?— tu nuevo  
cenáculo el que ríe so capa de gran Febo,  
en ti viera otra cosa que un nombre claro, un foco  
radiante y oportuno con qué dorarse un poco!  
Mas no... Bien saben ellos, cual lo sabe el planeta,  
que no está en los comicios el reino del poeta;  
bien saben que la arenga florida y laborada  
—miel de almas y de oídos— no augura a un pueblo nada;  
bien saben por la fábula como por el instinto,  
que a cada sér otorga Natura un dón distinto;  
que en un solo cerebro Verlaine y Thiers no caben,  
y que cada obra tiene su obrero. Bien lo saben.  
Pero se encogen de hombros: basta a sus tramas toscas  
un dulce panal vivo que capte humanas moscas!  
Engrosar su corrillo con todo el que desiste  
de un credo que (¡oh mudanzas!) tú mismo defendiste,  
tal es su fin. Por eso, con solapado guiño,  
te adoptan, Cisne lírico, y a tu plumón de armiño  
le hacen el homenaje y al par el desacato  
de asimilarlo al blanco sayal del candidato.

Estamos, pues, en plena comedia. ¡Y qué! La farsa,  
¿No es usual en la diaria política comparsa?  
Ellos trillan su senda tradicional. Lo extraño  
es que tú, genio crédulo, te prestes a su engaño,  
ejecutes su mímica con aire convencido,  
declames sus cartillas, y después de haber sido  
Aguila del Parnaso, sesgando el vuelo al solio,  
pretendas ser ahora ganso del Capitolio!

¿O será que en tu mente, como oruga rastrera  
que entre una flor magnífica ronda, calla y prospera,  
desde hace mucho, sordo cual un remordimiento,  
replegado al peligro y a la ocasión atento,  
haciéndose un disfraz del pétalo que engulle,  
pero cada vez menos amortajado, bulle  
debajo de la pompa floral de tus canciones,  
el pequeño político roído de ambiciones  
que babea de envidia cuando pasa, sonoro  
de nombres aclamados, “el céfiro del foro”?

¡Enhorabuena, entonces! No invoques ya tus cantos.  
Tu musa es Egoísmo; tu nombre, *uno de tantos*.  
Nuestro amor iba al Lírico —no al Rábula intrigante.  
Ensáya, como un pitre, tu labia y tu desplante,  
y alégrate si acaso tu verbo sobrepuja  
la risa de la maja y el silbo del granuja.  
Tu gloria en callejera parada se convierte.  
Hábla, que te miramos. Tu gesto nos divierte.  
Y hé aquí que al observarte con ojos minuciosos,  
no ya como discípulos, sino como curiosos,  
vemos —¿es realidad o es apariencia?— vemos  
que tu fértil melena, tortura de blasfemos,  
disminuída, mútila y humilde, se ha ajustado  
a la civil y estrecha rutina de un peinado!...  
En todo, aun en lo físico, tu estirpe se desmiente.  
¡Oh! No puedo ser digno, viril ni consecuente  
un programa, Tribuno, ni un ideal, Poeta,  
al cual, por primer gaje, le inmolas tu silueta!  
¡Qué despertar el tuyo, mañana, si mañana,  
desdeñado de aquellos que tu elocuencia hoy gana,  
te vieras (Lamartine vio iguales despertares)  
errando a la ventura sin sueños ni cantares,  
ajeno al ciudadano tropel, que no te nombra,  
y sin poder tú mismo reconocer tu sombra!...

¡No! No aflijas la tribu que honraste y que hoy degradas,  
dándote en espectáculo tan triste a sus miradas!  
Evita un paralelo que ofende a tus devotos:  
Nerón haciendo versos, tú conquistando votos.  
Aún es tiempo. No todas tus urnas de ambrosía  
de electorales urnas presumen; todavía,  
hijo insigne del Pindo, en tu oratoria asoma  
la exótica opulencia de tu primer idioma,  
y mientras te ajetreas por plazas y teatros,  
bien se ve que te estorban “las alas del Albatros”.  
¡Aún es tiempo! Suspénde tu demagogo alarde.

¡Ven!... Las colinas nadan en arrebol; la tarde  
como una Berenice doliente se despide.  
Un reposo inspirado la inmensidad preside;  
y, pues que lentos *Angelus* de las iglesias llegan,  
los árboles, cual santos en oración, despliegan  
sus hojas transpasadas de luz ante el Ocaso.  
La brisa ondula apenas para ser más de raso.  
Los objetos meditan en la quietud radiante,  
y sus sombras parecen —más largas cada instante—  
abrazar cada instante con más amor la tierra.  
Un denso y mixto efluvio de parques y de sierra  
en el aire teñido de múrice incendiario  
gira... ¡Y toda la tarde se ha vuelto un incensario!

¿Desecharás todo eso? .. Te lo vedan las rosas  
y el amor; te lo vedan las almas y las cosas;  
todo lo que, sensible o inanimado, aspira  
a la consagración sonora de la lira;  
todo aquello de que eres el portavoz sagrado,  
y por tanto —ya que amas las cosas del Estado—,  
el recóndito acento del pueblo dolorido,  
que a veces de los grandes no llega hasta el oído,  
¡Pero que irá a las nubes, si tú le formas eco!  
Vuélve a ti. "Sacerdocio" no es un vocablo hueco.  
Rómpe tus nuevos páctos: la madre poesía  
es celosa. Recóge tu cetro de armonía  
y abandónala a su curso la ciudadana ola.  
¡Acaricia tu cruz, y súfre tu aureola!—  
¿Te queda algún patriótico temor? Míra al Oriente:

Un resplandor que toma la forma de una frente  
viene! En torno a esa frente tranquila y pensadora  
el albor de las canas es un albor de aurora.  
Y el niveo Enviado avanza con el sencillo aplomo  
de lo que llega y debe llegar. Y un "*¡Ecce Homo!*"  
su presencia a los labios del porvenir arranca ..

¡Joven Laureado, déja pasar la testa blanca!

---

## LA TRAIORA

Bien está que al vagar por la arboleda  
—hoy otoñal— que a nuestro amor fue nido,  
cambies tu alegre olán, ya desteñado,  
por el crujiente hastío de la seda.

Hoy, gran señora, de tu infancia leda  
las aves trinadoras han partido,  
y responde el rumor de tu vestido  
al de la hoja que del árbol rueda.

Las almas, y los trajes, y las frondas  
mudan con la estación que les dio vida;  
y aunque el rubor de tu perfidia escondas,

La ajena pompa que de mi te aleja  
en su fru-fru sobornador anida  
todo un bosque marchito que se queja.



## CRUCE DE SENDAS

En la calleja angosta, donde en fila expectante  
se inmoviliza un vasto trajín de bulevar,  
omnibus de chicuelas, como jardín rodante,  
aguarda, resignado, su turno de avanzar.

Gentil catorceañera de pálido semblante  
sueña en la ventanilla. Contéplola al pasar;  
nuestros ojos se cruzan y hay, de ella a mí, un instante  
menos que una sonrisa, más que un simple mirar.

Esa temprana dádiva —flagrante anacronismo—  
va al amador futuro, comprendo, no a mí mismo  
—cosechador fortuito de un sueño en eclosión—.

Opuesta es nuestra ruta... Mas, como quien al lado  
pasó de un rebosante panal, siento enredado,  
mientras me alejo, un hilo de miel al corazón.



## EVANGELIO POETICO

Dices verdad. Nuestra acritud no es bella.  
Luchar debemos, pero lado a lado.  
El acero a otras lides destinado  
¿A qué mancharlo en fraternal querella?

El duelo mismo que termina sella  
nuestra unión en un solo apostolado,  
que con lema distinto, hemos luchado  
tú por la musa, y yo... ¡también por ella!

Marchemos, pues, de acuerdo a la conquista  
de las almas, tú el mágico flautista,  
yo el rimador novel —y al par vosotros,

Ingenios que terciáis en el certamen.  
Sólo mereceremos que nos amen  
amándonos los unos a los otros.

